

"Lo único que se podía hacer para demostrar que el Estado existe, era sacrificar a su máximo representante, Aldo Moro".

Leonardo Sciascia: EL CASO MORO

IGNACIO RAMONET-RAMON CHAO

Leonardo Sciascia comparte con Alberto Moravia el primer lugar de los grandes escritores italianos. Nacido en Sicilia en 1921, desde sus primeros libros describe y diseña la realidad histórica, política y social de Italia: la implantación de la mafia, sus relaciones con hombres de la Democracia Cristiana, la permanencia del fascismo, etcétera, de la misma manera que Böll, Anthony Burgess o Günter Grass lo hacen en sus respectivos países.

Escritor comprometido, Sciascia fue compañero de ruta del PCI hasta el año pasado, convirtiéndose desde entonces en uno de los intelectuales más atacados por los comunistas italianos.

Algunos de sus libros resultaron proféticos. En "El contexto" (llorado a la pantalla por Francesco Rossi con el título de "Cadáver exquisito") analiza la actitud del poder y de la justicia en Italia, adelantando exactamente tal y como iba a producirse la escalada de la violencia; en "Todo modo" describe el mundo de la Democracia Cristiana. En la película del mismo título, Gian María Volonté encarna el personaje del presidente de la DC (que terminaría asesinado), copiando

LEONARDO SCIASCIA.—No me siento en absoluto responsable de lo que está sucediendo en Italia, aunque mis libros lo hayan profetizado. Pero en realidad no se trata de profecías, sino de previsiones sobre la realidad italiana, partiendo de un análisis que cualquier mente lúcida podía haber hecho. Hubieran acusado a Pasolini si estuviera vivo, pero como está muerto, no se lo cargan a él, y me acusan a mí. Es una acusación completamente estúpida, de gente que intenta encontrar "alibis". Hacía falta ser ciego para no ver que la carencia de una verdadera oposición en Italia produciría una oposición desesperada, y esa oposición son las Brigadas Rojas.

TRIUNFO.—Su libro ha levantado acerbos polémicas en Italia. Se le ha querido ladear, diciendo que está muy bien escrito, que es usted un gran escritor al servicio de una causa injusta. En cambio, Giorgio Bocca dijo que actuó usted con la intuición de un verdadero escritor.

L. S.—Sigo pensando que están todos defendiendo ese "alibi". Primero se me atribuye una calidad profética, cuando no la dirección del terrorismo, o una especie de fuerza instigadora; luego se repliegan sobre el hecho literario: que yo soy un escritor, y no debo ocuparme de los asuntos políticos, etcétera; e incluso alguien como Bocca, que no pertenece a ese grupo de personas que buscan un "alibi", no puede por menos de decir que se trata de una intuición de escritor. Pero, ¿en qué consiste esa dichosa intuición? ¿No será de la misma índole de la que debe poseer un historiador o un político, en definitiva? Sucede que en Italia se vive mucho fuera de la razón, y cuando uno intenta razonar, descubrir dónde se encuentra la verdad, se le acusa de ser un instigador, un profeta... ¡o un literato! Pues bien, yo estoy de acuerdo con Berna-

los gestos y la fisonomía de Aldo Moro, con su famoso mechón canoso incluso. Aldo Moro fue asesinado de verdad el 9 de mayo de 1978, tras cerca de dos meses de encierro en una "prisión popular" de las Brigadas Rojas, que se habían apoderado de él después de haber dado muerte a sus cinco guardianes.

El último libro de Sciascia, "El caso Moro", está levantando violentas polémicas en Italia. Todos los partidarios del compromesso storico (acuerdos entre la DC y el PCI, por el que los comunistas pactan con sus enemigos políticos a cambio de ciertas parcelas de poder) atacan a Sciascia, culpable de haber analizado las razones de la muerte de Moro y sus posibles consecuencias.

Una vez más, por su pasado profético, se le atribuye la responsabilidad de la violencia de los grupos terroristas, e incluso el ser instigador de las Brigadas Rojas.

Y aquí tenemos a este hombre aparentemente tímido y afectuoso, de mirada irónica y de verbo lento, preciso, y a veces agresivo.



En Leonardo Sciascia, algunos confunden el profetismo con la responsabilidad histórica.

nos, cuando dijo que si un escritor debe elegir entre conservar la fe de sus lectores o perderla, él prefería perderla antes que engañarlos.

Tr.—En "El caso Moro" hay mucho de literatura policial. Nos hizo pensar en Poe y en Borges, en los "Seis problemas de don Isidro Parodi", en particular. Es decir, que esta forma de analizar una encuesta fascina aquí, como en sus obras anteriores.

L. S.—Siempre me ha atraído mucho la técnica de la novela policiaca, en particular como hecho técnico, por la forma de relatar,

Pero yo trato de emplear esa técnica para complicar aún más la verdad de los hechos, y no para aclararlos. ¡El resultado cuadra muy bien con el mundo de hoy, donde todo es ambiguo y oscuro! Pero tengo también otra razón: la novela policiaca presupone siempre una metafísica, la existencia de Dios y de la gracia iluminante, en definitiva, como dicen los teólogos. Y entonces, en un país donde tan poca gente cree en Dios (a pesar de ser tan católico), me parece hacer esta literatura que llamo "religiosa". En fin, la realidad italiana se parece cada vez más a

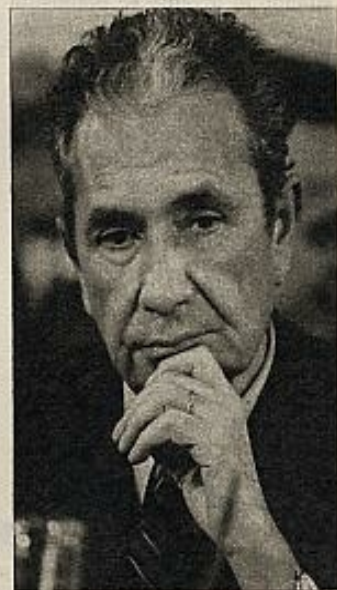
una intriga de novela policiaca, y se necesita a alguien que desenrede el ovillo.

Tr.—Esa técnica produce en sus libros, en general muchas ambigüedades. Por ejemplo, casi nunca se sabe quién es el asesino...

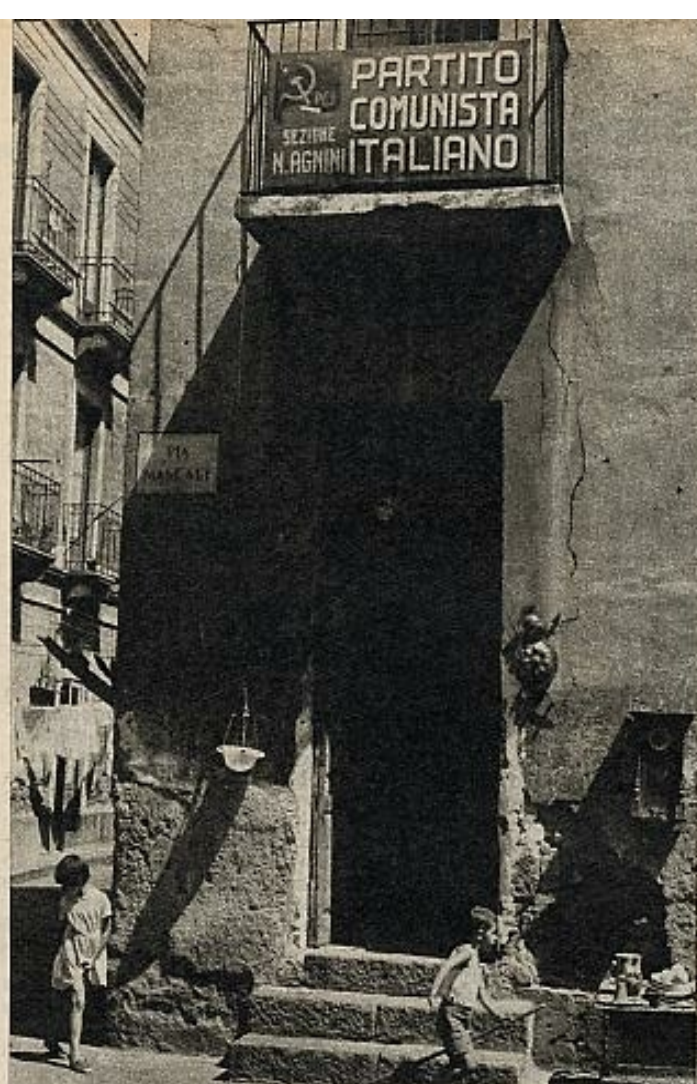
L. S.—¡Es que muchas veces ni yo mismo lo sé! A veces pienso que pueden ser los lectores (claro que me afano en que así lo parezca), otras bien pudiera ser yo, pero hay algo que nunca pierdo de vista, y es que hay asesinos más asesinos que otros, como decía Orwell.

Tr.—Y a menudo tampoco se sabe muy bien hacia quién se inclina su simpatía.

L. S.—Sí, es cierto. Por ejemplo, en "El día de la lechuza" no cabe duda de que el jefe de la mafia



"Moro era la encarnación perfecta de la DC, con todo lo que ésta ayudó a diagrar en nuestro país".



"Para una buena política de derechas no hay nada mejor que un buen partido comunista". En la foto, sede del PCI en Catania (Sicilia).

puede resultar más atractivo que el muy virtuoso representante de la ley. ¿Pero no ha hecho lo mismo el Dante, al pintar mejor el infierno que el Paraíso? Sin embargo, tengo que aclarar que en tanto que escritor, tal vez pueda comprender igual al asesino y al santo, pero no como ciudadano. Como ciudadano elijo mi terreno, y no juzgo los hechos, los partidos o las personas con la misma "democracia óptica" cara a Ortega y Gasset.

Tr.—Y sin embargo, usted trata de influir en la vida social italiana como escritor, más que como hombre. ¿Es así, y por qué?

L. S.—Porque en Italia no existe la verdad. Desde la muerte del bandido Giuliano, hace más de veinte años, hasta hoy, ninguno de los actos trágicos, escandalosos o criminales que tienen relación con la política se han esclarecido. Y los documentos no sirven para nada. En principio, nada es más claro que un texto; en realidad son ambiguos, tienen mil interpretaciones, no dicen la verdad única. Borges dice que las únicas cosas ciertas en este mundo son las coincidencias, y así lo creo yo. Por eso pienso que los escritores debemos resolver estos enigmas.

Tr.—En sus obras, más allá del caso escandaloso o criminal, describe usted la realidad italiana, y en alguna ocasión dijo que "Italia se está sicilianizando y Europa se está italianizando".

L. S.—Sí. Advertí este proceso en mil novecientos sesenta y uno,

cuando escribí mi primer relato (yo no les llamo novelas a lo mío, sino relatos o romances), "El día de la lechuza". Hablaba de eso que los expertos llaman la línea de las palmeras, que avanza quinientos metros hacia el Norte cada año. Y así avanza la sicilianización de Italia, y también la de Europa.

Tr.—Su último relato, "El caso Moro", es una reflexión sobre el lenguaje de Moro, de sus cartas, de los comentarios periodísticos, de los políticos, etcétera.

L. S.—Sí. Es una tentativa de leer más allá de las palabras, de lo que se esconde en la información y de lo que se escondía en lo que decía Aldo Moro, porque tenía un lenguaje imposible, incomprendible. Moro ideó un lenguaje codificado de tal manera que nadie lo entendiera, y esa fue su perdición. Lo creó para sacrificar a la Democracia Cristiana, que se había quedado sin el latín después del Vaticano II. Digo que fue su perdición, porque cuando escribió las cartas desde su encierro, a los políticos a los que acusaba les resultaba muy fácil decir que ese no era su lenguaje. Es algo trágico, ¿no?

Tr.—Dice usted que la tragedia de Moro posee una perfección literaria, y se refiere a Unamuno y a Borges.

L. S.—Sí. Pienso sobre todo en "El Quijote", leído a través de Unamuno. Don Quijote vive en una realidad, pues el paisaje es real, la época es real, el ambiente,

los términos, las cosas son reales. El caso Moro me parece algo semejante. Todo es real, pero a la vez esta historia tiene algo de literario, como si hubiese sido concebida por la imaginación. También pensé en Borges, porque la lectura del caso Moro puede hacerse de dos formas: una, tal como ha aparecido en los periódicos, y otra, a varios meses de distancia, a través de lo que ha acaecido después. Los mismos hechos tienen otro significado. Es como aquel pasaje de "El Quijote" que cita Borges en su "Pierre Menard, autor de El Quijote", que leído en el siglo diecisiete tiene un sentido y escrito en el siglo veinte, aun siendo exactamente igual, tiene otro.

Tr.—Este libro, además de ser policial, resulta pirandelliano, pero al revés. Hay un autor, Leonardo Sciascia, que busca a su personaje, pues usted no sabe muy bien quién es Moro, por lo menos al principio, y creemos que al final se queda sin comprenderlo muy bien. Y no le tenía mucha simpatía antes del drama.

L. S.—Cuando estaba vivo me recordaba a aquel personaje de "Guerra y paz", de Tolstoi, el general Kutusof. Este gran estratega fue el que decidió dejar que las tropas de Napoleón avanzaran hasta el corazón de Rusia. Fue una trampa genial, pues Napoleón se metió en las estepas creyendo que las había conquistado, sin tomar precauciones. El final fue desastroso para sus hombres. Lo mismo hizo Moro con el Partido Comunista Italiano. Le hacía creer que le cedía áreas enteras de la sociedad italiana, cuando en realidad lo estaba maniatando. Mi simpatía por él comienza, es cierto, cuando se convierte en un personaje de tragedia, en un héroe de "La vida es sueño", de Calderón. Moro era la encarnación perfecta de la Democracia Cristiana, con todo lo que la Democracia Cristiana ayudó a disgregar en nuestro país. Le fue fiel hasta los últimos momentos, pues Moro hizo la distinción entre los que no querían negociar, y que eran pocos democristianos (los dirigentes), y el partido en su totalidad, que tal vez, si hubiera podido expresarse, se hubiera pronunciado por la negociación con las Brigadas Rojas. ¿Por qué quería Moro que se reuniese el Consejo Nacional? Porque estaba seguro de que en una asamblea se tomaría la decisión de negociar. Él sabía que la Democracia Cristiana era tal como se la imaginaba; mejor dicho, tal como él la había hecho. Y Moro no era ningún cínico. Si lo hubiera sido, hubiera tenido "dossiers" comprometedores sobre algunos de sus "amigos", y se hubiesen visto obligados a ceder.

Tr.—Usted advierte una evolución en Aldo Moro cuando se encuentra prisionero de las Brigadas Rojas, entre ellas y el Estado.

L. S.—Sí. Entre estas dos fuerzas contrarias, entre el estalinismo de las Brigadas Rojas y otra especie de estalinismo, el que emana de un Estado que pretende ser fuerte, que nunca lo fue, pero cuya fuerza se materializa únicamente cuando Moro se encuentra prisionero, cuando debe morir. Para él es una sorpresa.

Tr.—Dice también que Moro sigue siendo en esta circunstancia

—en particular a través de sus cartas— un político maniobrero, y no un hombre de Estado, como quisieron hacer ver sus "amigos". Es decir, que ni siquiera el hecho de vivir una tragedia le alzó al nivel de hombre de Estado.

L. S.—Yo creo que Moro no fue nunca un verdadero hombre de Estado, como tampoco los católicos italianos ni la Democracia Cristiana fueron nunca el centro del Estado. Sin embargo, cuando comprende que puede morir, Moro, en cierto sentido, se convierte en un hombre de Estado. En ese momento decide que tiene que romper el seudocompromiso histórico. Para mí, este sería el peor mal para Italia. Y Moro, como buen hombre político, no creía en el compromiso entre los democristianos y los comunistas, aunque él hubiera edificado sus bases. Pero en el momento en que comprende que su muerte va a reforzar esta estrategia, Moro ya no quiere morir.

Tr.—Sus "amigos" achacaron esta actitud a su miedo a la muerte.

L. S.—Yo no creo que se debiera únicamente a eso, sino también a la preocupación por el porvenir. En sus cartas se nota una compostura formal que no corresponde a un hombre atemorizado. En realidad, nunca perdió la tranquilidad que siempre tuvo, y siguió temporizando, discutiendo, estableciendo compromisos con sus secuestradores, arrancándoles concesiones por cansancio. Si Moro hubiera afrontado la situación a lo Guzmán el Bueno, si hubiese dicho a las Brigadas Rojas "mátenme, no acepto ninguna negociación", el compromiso histórico hubiese salido absolutamente reforzado. Pero desde el momento en que Moro pide que se le libere, rompe con el compromiso histórico. Era un antihéroe. Y cuando los comunistas dijeron que tendría que comportarse como Sócrates o como un héroe de la Resistencia, era una cretinada, porque los héroes de la Resistencia se hallaban frente al enemigo, mientras que Moro pedía su liberación a sus amigos.

Tr.—¿Tiene usted una idea de las relaciones de Aldo Moro con sus secuestradores?

L. S.—En primer lugar, no creo que le hayan hecho el famoso proceso; pienso que la gran habilidad de Moro consistió en evitarlo. También creo que habló incansablemente con ellos y que, en realidad, no hubo interrogatorios. Moro estaba muy decapcionado por sus "amigos" de la Democracia Cristiana, y como sus guardias tal vez sinceramente no hubieran querido asesinarlo, es posible que llegaran a tenerse un cierto respeto mutuo. ¡La capacidad maniobrero de Moro era sencillamente extraordinaria! Y hasta cierto punto se convirtió en un hombre prestigioso para las Brigadas Rojas, o al menos para los que le custodiaban.

Tr.—Usted pone esto de relieve cuando un brigadista anuncia por teléfono la muerte de Moro, y varias veces le llama "honorable presidente", lo cual deja entrever un afecto por Moro.

L. S.—Sí. Hay una paradoja, pues a medida que crecía el afecto hacia Moro por parte de las Brigadas Rojas, disminuía el de la

Leonardo Sciascia: EL CASO MORO

Democracia Cristiana... Es cierto que al morir, Aldo Moro adquirió una inocencia (a pesar de sus tremendas responsabilidades históricas) que nos hace culpables a todos de su muerte. A mí me emocionó mucho la última voluntad de Aldo Moro, que me hizo pensar en Pirandello. Ustedes saben que Pirandello quiso que lo enterraran desnudo para evitar que los fascistas le revistiesen el uniforme fascista. Yo pienso que, en cierto modo, Aldo Moro se despojó de la túnica democristiana, y su cadáver ya no les pertenece, mientras que nos acusa a todos.

Tr.—Otra paradoja es comprobar cómo en Italia, donde todo se descompone, donde pocas cosas funcionan, las Brigadas Rojas, en cambio, realizan sus planes con precisión matemática.

L. S.—Bueno, la mafia también funciona maravillosamente.

Tr.—No nos va a decir que la mayoría de los brigadistas son sicilianos.

L. S.—Claro que no, pero actúan con el mismo modelo.

Tr.—Dice usted que no hubo verdadero interrogatorio. Sin embargo, le obligaron a grabar en un magnetófono sus Memorias.

L. S.—Sí; pero no parece que hayan sido las contestaciones a las acusaciones de un juez. Me inclino a pensar que Moro grabó esas cintas en varias ocasiones, y un poco a su antojo. Lo sorprendente es que no dice nada, no revela nada, y eso lo reconocieron las mismas Brigadas Rojas. (Ya sabemos lo capaz que era de no decir nada a través de tantas y tantas palabras! Sin embargo, nos queda una duda: o bien Moro se burló de las Brigadas, al contar únicamente lo que sabía el hombre común y corriente, o bien no sabía más que ese hombre vulgar. Esto es inverosímil en alguien que fue varias veces jefe de Gobierno, que presidía el partido más importante y que no era ningún tonto.

Tr.—Si ese documento no revela nada comprometededor para sus amigos, ¿por qué todos éstos han guardado silencio?

L. S.—Porque la tesis general es que Moro ya no estaba en su pleno juicio, y no se le contesta a un loco.

Tr.—¿Cuándo empezó usted a pensar que las Brigadas Rojas asesinarían a Moro?

L. S.—Desde el momento en que se le atribuyó a la señora Moro la frase de "mi marido no se cambia", que era completamente falsa, comprendí cómo iba a terminar todo. No sé qué periodista la lanzó, pero fue muy eficaz para el fin que perseguían.

Tr.—¿Cree usted que hubo concertación entre todos los partidos para adoptar una actitud firme, de rechazo de toda negociación?

L. S.—Digamos, utilizando el latín de Moro, que hubo "convergencias paralelas", rotas únicamente por el Partido Socialista, que se pronunció en favor de las transacciones con las Brigadas Rojas. Esa solución era justa políticamente, aunque los socialistas no lo hicieran por espíritu humanitario, sino con miras a romper el compromiso histórico.

Tr.—Usted insinúa que la idea de un intercambio Moro-presos de las Brigadas Rojas surgió de Moro, que la impuso a sus secuestradores.

L. S.—Eso es evidente en una carta de Moro en la que habla de "uno contra uno", y no de trece personas. Esto lo sabían los socialistas, a través de sus contactos con las Brigadas. Se podía canjear a Moro por un prisionero de las Brigadas Rojas (no por Renato Curcio, evidentemente). De hecho, ya se estaba preparando algo, pero Moro fue asesinado de repente.

Tr.—En "Todo modo", don Gaetano dice que todos los medios son buenos para salvar a la Democracia Cristiana. En "El caso



"La gente se está hartando de compromisos".

Moro" se ve que esta misma máxima jesuítica ha sido aplicada por la Democracia Cristiana y por el Partido Comunista Italiano para salvar al Estado italiano.

L. S.—Sí, sí. Era el momento preciso para afianzar el Estado. El Estado no consiguió acabar con la mafia, ni con las Brigadas Rojas. Lo único que podían hacer para demostrar que el Estado existe era sacrificar a su mayor representante, Aldo Moro.

Tr.—Y por su parte, las Brigadas Rojas habían elegido a Moro como víctima por ser la cabeza suprema de ese Estado, para demostrar su vulnerabilidad. ¿No cree usted que consiguieron el resultado contrario, es decir, que el Estado existe y es fuerte?

L. S.—Se necesitan otras cosas para decir que el Estado ha salido reforzado. Tendrían que funcionar las escuelas, los transportes, eliminar la delincuencia, desarticular a las mismas Brigadas Rojas, acabar con la mafia. Pero cuando nada marcha y sólo funciona la sentencia de muerte contra Moro, el Estado no sale reforzado en absoluto.

Tr.—¿Qué es para usted el Estado?

L. S.—Ni más ni menos que una organización, una administración de servicios públicos (instrucción, salud, Policía, justicia) que proporciona una vida tranquila a los

ciudadanos que pagan impuestos para que esta administración exista.

Tr.—Un alto dirigente comunista, Luigi Améndola, dijo que era usted un cobarde (vile), por no defender al Estado italiano.

L. S.—Sí. Eso fue cuando el proceso de los brigadas rojas en Turín. Hace años yo ya había preguntado públicamente si merecía la pena defender a este Estado, y recientemente llegué a la conclusión que, al contrario, los ciudadanos teníamos que defendernos de él. Hace diez meses dije, parafraseando a Vittorini, que se asemejaba a una cáscara llena de podredumbre y de muerte. Hoy pienso en una cáscara que se puede rellenar con cualquier cosa.

Tr.—Los comunistas tienen una idea del Estado fuerte, funcionando perfectamente, muy distinta del actual, y de la que tiene la Democracia Cristiana.

L. S.—La idea del Estado que tienen los comunistas es un poco estalinista, un poco gentiliana, y se asemeja mucho a la de los fascistas. Muchos comunistas italianos se han formado en el área del filósofo Giovanni Gentile, y esto coincide con el estalinismo que proviene de otra parte. La Democracia Cristiana, en cambio, no ha tenido nunca una idea del Estado, a no ser la de disgregarlo.

Tr.—¿Se puede pensar, pues, que el objetivo del compromiso histórico sería el inyectar la idea del Estado de los comunistas a esa desagregación liberal o libertaria que garantiza la Democracia Cristiana? ¿Es esa la apuesta de Berlinguer?

L. S.—Yo pienso que si un día se realizase el compromiso histórico, Italia no iría hacia el socialismo, sino que se encontraría con una especie de fascismo. Sólo serviría para establecer un Estado policial, en el que el Partido Comunista se encargaría de asegurar la tranquilidad de las masas, tener unos buenos obreros y basta. A mí me inquieta mucho que los comunistas prefieran dialogar con Andreotti, de la derecha democrática, que con Donat Cattin, demócrata de izquierdas. Y a los que les ponemos en guardia contra los peligros que encierra el compromiso histórico, nos tratan de cobardes y nos cubren de insultos de tipo estalinista o fascista. Eso me confirma que el Partido Comunista Italiano sigue siendo esencialmente estalinista, aunque hayan cambiado sus relaciones con la Unión Soviética.

Tr.—Respecto a esto, usted ha dicho que Italia es un país maldito, porque siempre está esperando un fascismo.

L. S.—Sí. Es un país que ha tenido la contrarreforma sin haber conocido la reforma. En esto nos parecemos mucho a España, con la diferencia de que España ha tenido momentos de grandeza y de esplendor. Italia también los tuvo, pero sólo en las artes, y no políticamente. Tal vez Sicilia nos hubiera podido salvar en el siglo dieciocho. Ustedes saben que cuando se marcharon los españoles, en mil setecientos doce, surgió una clase parlamentaria laica y li-

beral. Se hicieron reformas importantes que se perdieron cuando, siete años más tarde, en mil setecientos diecinueve, regresaron los españoles con la Inquisición, para aplastar esa "primavera de Praga" avant la lettre. Italia es un país donde no ha habido revoluciones. Siempre hubo contrarrevoluciones, y la unidad nacional se ha hecho prácticamente contra el Sur. Igual que se hará ahora la unidad europea contra el Sur de Europa, contra España, contra Italia, contra Grecia. Nuestros países están destinados al sacrificio.

Tr.—En "El contexto" habla usted de las potencias extranjeras que desempeñan un papel en la escalada de la violencia. Como quiera que este libro resultó ser profético en muchos aspectos, ¿cree usted que lo es también éste? Es decir, ¿las Brigadas Rojas están integradas por no italianos, o hay extranjeros en ellas?

L. S.—Yo creo que a la fuerza tiene que haber extranjeros, pues si los servicios secretos extranjeros, tanto del Este como del Oeste, no han logrado infiltrarse en ellas desde hace seis años que existen, no veo para qué servirían. De todas formas, esta influencia no es muy descifrable, pero necesariamente existe.

Tr.—¿Con quién está usted comprometido? ¿O con quién le compromete este libro?

L. S.—Yo siempre me sentí comprometido conmigo mismo, con mi verdad y con la literatura. Creo que la literatura es la forma más absoluta que puede asumir la verdad. La experiencia me ha confirmado que la acción política esencial que puede desempeñar un escritor es, primero, la de escribir. Yo me considero un hombre político cuando escribo libros, incluso cuando escribo sobre un físico desaparecido (Marjorana), o un escritor (Raymond Roussel). A veces pienso que nosotros pertenecemos a la última generación literaria, y que luego llegará la barbarie.

Tr.—En la película "Cadáveres exquisitos", que se ha hecho con su libro "El contexto", se le atribuye la siguiente frase al comunista Giancarlo Pajetta: "Si hay que elegir entre la verdad y la revolución, nosotros elegiríamos la revolución".

L. S.—Esa frase es auténtica. Yo, naturalmente, me decido por la verdad. Creo que un intelectual debe estar siempre solo, y no respaldado por un partido. Es una posición muy difícil. Por eso tengo una gran admiración por André Gide, que al volver de la Unión Soviética, con toda la simpatía que tenía por los soviéticos, dijo sinceramente lo que había visto. Y por Bernanos, que siendo católico ferviente se puso contra los franquistas en la guerra de España. Ambos perdieron sus amigos. Cuando se sale de una guerra, o de un fascismo, es corriente que los partidos ejerzan una atracción sobre los intelectuales. Pero pronto llega la desilusión, el alejamiento. El valor, en ese caso reside en mantenerse fuera del rebaño, cuando se quiere transformar al pueblo en rebaño. Yo nunca me



"Tal vez Sicilia nos hubiera podido salvar en el siglo dieciocho".

adherí a ningún partido. Bueno, pensándolo bien, recuerdo que una vez me inscribí en el partido liberal, pero inmediatamente deseé la victoria de los conservadores. Creo que debe existir también ese espíritu de contradicción, esa capacidad de estar de parte de los vencidos. Cuando los vencidos son los fascistas, se puede pedir justicia para ellos, pero no estar de su parte, naturalmente. En general, lo que me repele es la fuerza, y me incita a alejarme de ella.

Tr.—Sin embargo, estuvo usted muy próximo a los comunistas, hasta el punto de haber sido elegido consejero municipal en sus listas y con sus votos.

L. S.—Así fue. Pero pronto comprendí que el Partido Comunista no estaba dispuesto a desempeñar su verdadero papel de partido de oposición. En la primera reunión, el representante del Partido Comunista dijo: "No estamos aquí para hacer el proceso del pasado". A mí me pareció muy bien, a condición de hacer el proceso del presente. Pero eso tampoco era posible, porque no se podía luchar en Palermo y seguir con el compromiso histórico en Roma. Así que consideré que mi presencia era inútil o, peor aún, decorativa, y dimité. También, en unas elecciones legislativas que hice con ellos, en cada mitin manifestaba mi hostilidad al compromiso histórico, y preconizaba un Gobierno de salvación pública con los comunistas. Me dijeron que no debía plantear las cosas así; que esos términos iban a asustar a los electores, etcétera. Yo creo que no se puede hacer una política de progreso, no digo ya revolucionaria, dictada por el miedo. Cuando se tiene miedo en política, generalmente se encamina uno hacia los peligros que quiere evitar. Por todo esto me inquieta mucho el Partido Comunista, y también ellos deberían estar inquietos, al menos los que creen sinceramen-

te en la democracia. Naturalmente, si yo siguiera con ellos, no tendría estos problemas que conozco ahora, de estar solo, de que se me ataque por todas partes por lo de mi conocido libro sobre el caso Moro.

Tr.—André Malraux, en "L'Espoir", dice que no se podía hacer la guerra de España con muchos principios morales, pero que tampoco se podía hacer sin ellos. Tal vez en el "caso Moro" suceda algo semejante.

L. S.—Comprendo que una parte de los interesados tuvieran las exigencias del llamado Estado. Es cierto que no se podía liberar a Curcio, teniendo en cuenta, además, los cinco muertos de la guardia de Moro. Pero cinco muertos no justifican un muerto más, y no se podía lanzar a Moro a la muerte. Hay que convencerse de que el maquiavelismo puro no produce jamás efectos positivos.

Tr.—Había que tener en cuenta también la determinación de las Brigadas Rojas.

L. S.—Es cierto que están ideológicamente locos, y que al matar a un hombre desarmado en todos los sentidos, se han convertido en infames verdugos. Pero no hay que olvidar que sabían muy bien que iban a perder toda su popularidad matando a Moro. Había que analizar sus contradicciones. En realidad, los izquierdistas italianos son descendientes a la vez de los estalinistas-leninistas, y de los católicos integristas. La culpa es también del Vaticano II. Si la Iglesia fuera fiel a su pasado, si se hubiera encerrado en la intransigencia de Felipe II, de la Inquisición o de la Contrarreforma, los izquierdistas serían los más religiosos, ya que su único deseo es la represión, la intolerancia. Hoy están absolutamente desconsiderados, después del "caso Moro", y tratan de crearse una nueva imagen. Lo pueden lograr si el Partido Comunista persevera en su política de "compromiso".

Tr.—¿Cómo se presenta el panorama político italiano después de la muerte de Moro?

L. S.—El compromiso histórico queda muy mal parado. Probablemente la situación en las próximas elecciones sea la siguiente: la Democracia Cristiana mantendrá sus posiciones, pero el Partido Comunista está destinado a perder votos, mientras que tal vez crezca el Partido Socialista. Así que puede producirse otra vez una experiencia de centro-izquierda, formada por la Democracia Cristiana y el Partido Socialista. Deseo que no sea una repetición de la anterior, que fue un desastre en muchos aspectos, aunque también le dio una cierta movilidad a la política italiana.

"El futuro de Italia me inquieta. En mi país se suelen atribuir todas las faltas a un exceso de libertad. El compromiso histórico fue creado por dos tradiciones no liberales: el comunismo y los católicos. Yo los temo por separado, y mucho más a la suma de los dos. Los comunistas debieran pasar a una oposición constitucional, para hacer contrapeso a la Democracia Cristiana. Tal vez un día la Democracia Cristiana y el Partido Comunista se darán cuenta de que el estalinismo y la Inquisición son actitudes equivalentes, y que no hay lugar para los dos en ese dichoso Estado. Entonces, la Democracia Cristiana, que domina completamente el juego político, se decidirá a expulsar al Partido Comunista, como hicieron los rusos con las tropas de Napoleón. Y si no, ¿quién sabe dónde se encuentra el fondo del abismo? Tal vez podamos seguir en una caída sin fin..."

Tr.—¿Y el pueblo italiano, en todo esto?

L. S.—Yo recibo muchas cartas de gente deseosa de conocer la verdad del caso Moro. Italia puede parecer un país despreocupado, pero bajo esa apariencia hay un país sediento de justicia. Aho-

ra, el Estado se ha réhecho sobre la muerte de Moro, sobre la mentira que le rodea, y con manipulaciones sucias. La gente sabe todo esto. Lo que yo no sé es lo que pasará cuando este descontento se plasme en toma de conciencia política. Por el momento, veremos el resultado de las próximas elecciones. El Emperador Vespasiano puso unas tasas a los urinarios públicos, diciendo que el dinero no tiene olor. Tal vez no lo tenga, pero los votos sí que tienen olor. Y es posible que una parte de la burguesía que vota por el Partido Comunista italiano terminará dándose cuenta del olor de ese "partido del orden". Desde hace tiempo, todo el mundo sabe que el marxismo es un gigantesco cadáver putrefacto que contamina la cabeza de la gente que no quiere pensar, pero en Italia, donde todo puede suceder, parece que hay muertos que todavía pueden hablar.

Tr.—De todas formas, para usted no hay discusión en esto: los partidos comunistas europeos tienen una vocación suicidaria. Eso ha dicho.

L. S.—Sí. Creo que los partidos propiamente socialistas pueden salvarse merced a un cierto pragmatismo, mientras que los partidos comunistas, por esa vocación absolutamente irreprimible de estalinismo, aunque estén disfrazados en defensa del Estado democrático (una defensa que debe ser absolutamente unánime y no crítica), parecen haber elegido la vía del suicidio. Cada uno ha elegido una forma original de hacerlo. Berlinguer, Marchais y Carrillo están completamente atrapados por la habilidad de los políticos burgueses. En Francia se ve claramente cómo han intentado suicidarse. En Italia está un poco menos claro, y en España no lo sé, pero es seguro que hemos llegado al punto en que se puede lanzar esta especie de "slogan": "Para una buena política de derechas, no hay nada mejor que un buen partido comunista". Para mí, el principio de su derrota histórica es indudable; lo que no puedo vaticinar es el año.

"La gente se está hartando de compromisos. Cuando veo a un político de izquierdas por televisión, me basta con mirarle a los ojos y oírle unas palabras para comprender que ha perdido el sentido de la realidad. Y así se explica la existencia sociológica del compromiso histórico: esos políticos de izquierdas están siempre en compañía de los políticos burgueses, frecuentan los mismos lugares, hablan de las mismas cosas, tienen las mismas casas, pronuncian discursos, asisten a mítines y luego se van a dormir. Están completamente cortados de la realidad.

Tr.—¿Usted cree que el pueblo italiano puede seguir el ejemplo de Moro, cuando le escribió a sus "amigos" de la Democracia Cristiana diciéndoles: "Tengo un inmenso placer en haberlos perdido, y deseo que todos os pierdan con la misma alegría"?

L. S.—Esa frase está dirigida a los que habían sido sus amigos, pero también es un augurio para el pueblo italiano por parte de Moro. ■ **Declaraciones recogidas en magnetófono por IGNACIO RAMONET y RAMÓN CHAO.**